





dola de golpe, penetró a torrentes en el interior del buque inundando a Peral, primero, invadiendo las cajas de los acumuladores, después, y desequilibrando por último al barco en términos que empezó a descender a impulsos del peso inopinado que constituía la masa líquida, ya considerable en aquellos momentos.

No se oyó una exclamación; ninguno de los hombres del submarino se movió de su puesto ni dejó de hacer funcionar los aparatos que a cada uno de ellos les estaban confiados; Peral, impávido, procuraba cerrar la válvula sin lograr conseguirlo; el agua continuaba penetrando por ella y el submarino seguía descendiendo lentamente hacia el fondo del Océano.

«¿Qué sucede?—preguntó uno de los oficiales, sin abandonar su puesto.»  
«Nada—contestó Peral—que nos vamos a pique, porque no logro cerrar bien esta válvula; pero estoy haciendo funcionar el aparato de profundidades y me parece que responde.»

«Seguíronse a estas palabras quince ó veinte segundos, en que solo Dios sabe los pensamientos que acudirían a la imaginación de aquellos once héroes, que en actitud serena y sin la más mínima conmoción aparente, aguardaban la muerte cumpliendo hasta el último instante su deber. Un minuto más y la catástrofe hubiera sido inevitable.»

Por fortuna para ellos y para la patria el submarino, impulsado por los poderosos resortes eléctricos de su aparato de profundidades—obra que por sí sola inmortalizará a Peral—reapareció sobre las olas, permitiendo que el comandante del torpedero repitiera con mayor eficacia que momentos antes «¡Pical!», para que sus marineros vaciasen con la bomba el agua de que estaba casi inundado el buque.

«Un cuarto de hora después, Peral, cubierto con un capote del comandante del *Colón*, agitado en débil cuerpo por el fuego de la fiebre y por el intenso frío de sus mojaditas ropas, daba cuenta de lo acaecido al capitán general, Sr. Montojo, y a la comisión técnica, quienes trataron en vano de persuadir al ilustre marino para que diese aquel día por terminada la prueba.»

«Peral se negó resueltamente a aplazarla, lográndose de él únicamente la oferta de consultar a sus compañeros, por si estos consideraban imposible la continuación de las experiencias.»

«De regreso en el submarino reunió Peral a sus oficiales y les manifestó lo propuesto por la junta y lo contestado por él; no se hizo por nadie la más leve observación; al contrario, todos pidieron enérgicamente a su comandante que se consumase la prueba.»

«Pero había para realizarla una inmensa dificultad.»

«Completamente mojado el aparato de profundidades, se habían puesto en práctica todos los medios posibles en aquellos momentos para asegurar, sin que se interrumpiera por completo y cada vez que se le hacía funcionar desarrollaba humo como manifestación de lo peligroso que sería obligarle a funcionar en aquellas condiciones verdaderamente anómalas.»

«Pero ya lo había dicho Peral y lo habían acordado los demás tripulantes del submarino: era preciso realizar la prueba, cualesquiera que fuesen las consecuencias de aquella enorme temeridad: para todos ellos la experiencia señalada significaba el honor, el triunfo de sus convicciones, el término de inmensas amarguras e incalculables penalidades: la muerte era sacrificio insignificante comparado con aquellos nobilísimos ideales.»

«¡Abajo!» dijo Peral con acento breve é imperativo; cerróse la porta, funcionó humentemente todavía el aparato de profundidades, desapareció bajo las aguas el submarino, y reapareció, sesenta minutos después, a 5 millas del *Colón*, cuyo botador de proa, marcando en el espacio la línea imaginaria con que la brújula señala el Oeste verdadero, parecía cubrir sin la más mínima desviación la popa del maravilloso barco.

Allí, en aquel punto marcado en el horizonte, sobre la plataforma de la torre óptica, estaban los héroes del mar, los valerosos tripulantes del torpedero, agrupados alrededor de su esclarecido jefe y cobijados bajo los anchos pliegues de la bandera española.

Al tercer día de verificado el simulacro de combate con que parecían terminadas las pruebas del submarino, Peral, como comandante del barco, y en cumplimiento de un deber reglamentario, elevó oficio al capitán general del departamento proponiendo a los oficiales del submarino para la cruz laureada de San Fernando de segunda clase, y para la correspondiente a sus respectivas categorías a los cinco subalternos que en calidad de voluntarios vienen compartiendo las penalidades y las glorias de los primeros.

«Después del relato que acabamos de hacer nos atrevemos a preguntar:

«¿Habrá alguien que no crea bien ganada por sus tripulantes del submarino la cruz laureada de San Fernando?»

JULIO DE VARGAS.»

«Esos son los españoles de siempre: valientes, arrojad, despreciando la muerte, esclavos del deber una vez que se lo trazan. ¿Qué les falta para llegar donde están los más altos? Dirección. Que vean rectitud, nobleza, ideas grandes, empeños patrióticos, en los que rigen la nación, y lo harán todo.»

«Lo mismo son los portugueses. Se ha visto a ese heroico anciano al encontrarse abandonado de su Gobierno en África y al contemplar al inglés ensordecido de la tierra que ellos conquistaron a costa de tanto sacrificio, se le ha visto envolverse en la bandera portuguesa, pegar mecha a los barriles de pólvora que había preparado y volar con la casa del Gobierno, prefiriendo la muerte a la deshonra de su patria.»

«Seamos dignos de esos valientes; apre-

surémonos a evitar el inútil sacrificio de sus vidas. Poco tenemos que hacer; ya se ve que todo consiste en trabajar por la confederación ibérica, en concentrar las fuerzas peninsulares, en colocar al frente de la gobernación de la Iberia a los hombres más sabios, más justos y patriotas que haya en Portugal y España.»

A los republicanos.

A vosotros os corresponde llevar la voz en esta empresa. Vosotros tenéis la fe, el derecho, el desinterés, los nobles y generosos entusiasmos; vosotros tremoláis la bandera de la libertad que lleva las modernas sociedades a la victoria, y poseéis la razón en que se cimienta el mundo. Vosotros sois invencibles; haced a la patria invencible.

Disponed a salvar a Portugal y España. Olvidad vuestras diferencias; juntad vuestros alientos; despertad a los que duermen; que España, que Portugal enteros sean republicanos; pasead la bandera de la federación ibérica por el país, desde Valencia a Lisboa y desde Santander a Cádiz.

No durmáis, no despanéis. La tempestad de la guerra se acerca; el trueno retumba; la libertad y la patria peligran.

¡Alerta republicanos!  
¡Alerta portugueses!  
¡Alerta españoles!

NOTICIAS ÚLTIMAS.

Después de escrito lo anterior, hallamos este telegrama en *El Liberal* del domingo: «Paris 28 (11 n.)»

«Circulan rumores de que se ha recibido una nota inglesa negando a Francia el derecho a oponerse al protectorado inglés en Zanzibar.»

«Créese que Inglaterra ha entrado a formar parte de la triple alianza estando de acuerdo con Alemania en la cuestión egipcia.»

«Lord Salisbury no evacuará el Egipto.»

«Háblase de una probable manifestación naval francesa en Zanzibar.»

«El asunto produce grandes inquietudes.»

Nuestros pronósticos se van cumpliendo. Si la guerra comienza, al extenderse su rumor por España y Portugal, el pueblo pedirá la República.

¡Alerta, pues, republicanos, alerta!

ESBOZO DE UN DISCURSO.

Hora es, señores diputados, de que separando la mirada de los corrompidos muros de la casa municipal, la elevemos hacia los amenazados destinos de la patria. Jamás el mundo se ha visto cercado de horizontes más sombríos, ni una tan espantosa guerra ha estado suspensa sobre la frente de los mortales.

La muralla que contuviera hasta aquí las masas militares, acumuladas durante veinte años en Europa, ha sido derribada, y sobre la brecha abierta se ven agitarse centelleantes, las bocas de los cañones y las lanzas de los escuadrones preparados a entrar en batalla.

El joven emperador alemán quiere, con la ayuda del Dios de la Biblia y las bayonetas de sus vasallos, «aumentar el patrimonio heredado». Bismarck creía que ya había él aumentado suficientemente ese patrimonio: Bismarck ha caído. Desde ese día todo es alarma y confusión.

La hora de las resoluciones parece haber sonado. Las ambiciones, después de haber celebrado sus sombríos conciliábulos, se quitan la máscara y dejan asomar su cinica faz.

«Mío es el Egipto,» acaba de decir Inglaterra.

Pero el Egipto no es de Inglaterra, según los tratados; la ocupación por Inglaterra de ese grande y fértil imperio es puramente temporal. Los intereses de la civilización europea y de las nuevas civilizaciones asiáticas, tienen su corriente por ese canal abierto en la maravillosa tierra de los Faraones. Acaparar el Egipto una sola nación sería un acto de egoísmo abominable. Convertir Inglaterra en posesión la ocupación temporal, transformar en soberanía el protectorado que ejerce por delegación consentida, sería violar la fe europea y hacer escarnio de los más altos derechos en que se cimienta la civilización occidental. Sin embargo, el Egipto es rico, el Egipto es fértil, el Egipto es el broche de oro del cinturón de dos mundos, y el inglés dice:

«Mío es el Egipto.»  
Pero Francia responde con no menos resolución entre los aplausos de la nación entera:

«El Egipto no es de Inglaterra.»  
M. Ribot, el ministro de relaciones exteriores, lo ha vocado así en el Congreso hace una semana, coreado por los aplausos de todos los representantes de la Francia.

Inglaterra, mordiendo los labios afinados por la astucia y la fe púnica, ha dicho aún:

«Mío es el Egipto.»  
Y ha ofrecido sus títulos a Francia. Esos títulos son las bayonetas de los soldados alemanes.

A esto equivale el acto del Gabinete inglés al hacer público sus tratos con Alemania para repartirse el África ecuatorial. Pero todavía Francia lejos de intimidarse ha hablado más fuerte aún, diciendo a la faz del mundo:

«Esos tratos con Alemania no tienen valor sin mi consentimiento. Pongo mi veto a la cesión de Zanzibar.»

Así ha dicho M. Ribot y la Cámara ha vuelto a aplaudir unánimemente. La situación es grave, excesivamente grave. Ya están rozándose los dos pueblos rivales, ya se cruzan sus miradas amenazadoras.

Entre tanto, el Emperador apresura sus armamentos y amenaza con un golpe de Estado si el Parlamento le niega los subsidios que pide para aumentar sus fuerzas militares.

Ya la voz más expansiva de la diplomacia meridional no oculta la gravedad de las circunstancias y se oye decir a Crispien en pleno Parlamento: Estamos amenazados de guerra.

Tal es la situación.

«No os parece que en estas horas solemnes es indispensable, es preciso dirigir una mirada profunda y visoriva a la patria, es preciso poner toda nuestra inteligencia y nuestra alma en ver de conjurar los terribles peligros que nos amenazan? ¿No os parece hora propicia para pensar en los medios de preservarnos del incendio universal, ó, caso de caer en él, poder sacar a salvo nuestra libertad, nuestro patrimonio heredado, nuestro honor?»

Ahora bien; yo entiendo que en estas excepcionales circunstancias el mejor servicio que puede prestarse a la patria, es decir con sinceridad cada cual lo que piensa y siente, rasgando los velos hipócritas con que en los casos usuales se suele ocultar el pensamiento.

Digámoslo aquí alto para que todos nos oigan: España quiere la paz; España es hoy la nación de Europa más desprovista de ambiciones. Ha abierto los ojos a la luz de la verdad; ama la civilización; ama el derecho; no tiene ofensas que vengar; quiere el desarme universal; quiere que se confederen las razas y los continentes. Los partidos militantes, en el campo monárquico como en el republicano, piensan así. No hay en este punto diferencias de opinión: Sápalo Europa, sápalo el mundo que tan mal nos conoce, que juzga la España de hoy por la España del siglo xvi.

«Pero qué, ¿hasta que España quiera la paz para que tengamos paz? ¿Basta que estemos animados de sentimientos justos y pacíficos, para dejar de ser víctimas de la ambición y la rapacidad de extranjeros que vienen violando cínicamente todas las leyes?»  
El botín de la guerra, ya se está viendo, va a ser especialmente colonial: ¿puede España, y quien dice España ha de decir también Portugal, pueden España y Portugal permanecer ajenas a ese reparto? ¿Podéis aún tener cerrados los ojos, después de haber visto a Inglaterra coger del brazo al Portugal, y decirle, sacudiéndole brutalmente:

«¡Ay de los débiles!»  
Ese aumento de patrimonio que tiene prometido el emperador a sus vasallos, será merma de otros patrimonios. ¿Es quizá el nuestro el que codician los ojos de ese joven sediento de sangre y carnicería? ¿No acecha en Filipinas y Cuba una revancha al intento burlado por nuestro enérgico valor, de robarnos las islas Carolinas?»

Además, en cuanto se dispare el primer tiro, Portugal corre al combate, sin que haya nada que detenga su reconcentrado furor. ¿Al lado de quién? Al lado del que dispare contra Inglaterra.

«Odió a Inglaterra; guerra a Inglaterra; muerte a Inglaterra; fuego, y hierro y rayos contra Inglaterra;» así dice el alma abrasada en furores del pueblo portugués.

Y qué, ¿dejaréis al hermano ir solo a la guerra?»  
La lucha que amenaza va a revesitr además otro carácter. El despotismo y la libertad van a ventilarse en ella su última contienda: ¿Vence Francia? La libertad está asegurada. ¿Vence Alemania? El despotismo se entroniza, al menos por algún tiempo en Europa. ¿No lo veis? apenas ruge sordamente la guerra, ya ese infatigado mozalvete amenaza pisotear las libertades de su propia patria.

Y bien; ¿dejará el pueblo español, que viene sufriendo cruento martirologio durante todo este siglo en defensa de las libertades públicas, dejará de ir a romper una lanza por la santa, la bendita, la divina libertad?»

De todas suertes, oídlo, retenedlo, no lo perdáis un punto de la memoria: no podréis escapar a la guerra si sois débiles. Como el Portugal aeris desahonrados y robados por los bárbaros del Norte, si os juzgan impotentes para defensores.

Ya lo estáis viendo: Inglaterra, que acaba de expoliar el Portugal, acaba también de conceder codiciadas islas y tierras a Alemania.

«¿Por qué esta diferencia de conducta? Porque Portugal es débil y Alemania es fuerte. No hay derecho, no hay razón para esas naciones del Norte—¡por eso tengo derecho a llamarlas bárbaras!—no hay más que fuerza.»

«Queremos, pues, ser respetados, queremos hacer valer nuestra voluntad, favorable a la paz, al derecho, a la civilización? Pues es preciso que seamos fuertes.»

«¿Hay alguien que ponga en duda esta verdad? ¿Hay quien dude de que solo haciéndonos fuertes seremos respetados? Pues es un ciego, un idiota, bajo el aspecto político.»

«Los que tienen el seso despierto, los que tienen los ojos abiertos a la realidad, están seguros, plena y absolutamente seguros, de que si la guerra estalla, como tiene que estallar en plazo más ó menos breve, solo siendo fuertes podremos salvarnos y defender nuestro patrimonio y nuestro honor.»

«¿Cuál debe ser pues el objetivo cardinal de todo buen patriota, de todo buen español? Hacer a España fuerte.»

Si para ello tenemos que desprendernos de nuestra fortuna, abandonar nuestras carreras y profesiones, empuñar el fusil, cambiar el régimen político ¿podremos dudar? Solo el mal patriota, solo el egoísta y el malvado, pueden dar siquiera señales de vacilación en este punto.

Pues bien, decidme ahora con el pensamiento sereno, desvaneciendo de él las nubes con que la pasión y el vil interés le empañan, decidme si la fortaleza de la patria no consiste primero y capitalmente en esto: en su confederación con Portugal. Juntos Portugal y España, se ha concluido todo temor de invasión extranjera. El territorio cerrado por los Pirineos y por los mares es todo él una inmensa fortaleza rodeada de fosos y coronada de murallas naturales.

Aunque no lo hagáis reflexivamente, aunque no lo queráis, el instinto del pueblo lo hará; apenas suene el primer disparo, ó se perciba el oído atento de la democracia española y portuguesa, de una coyuntura favorable, producida por los trances de la guerra, la federación ibérica se proclama.

La guerra última dió lugar a la unidad de Italia, la guerra que se prepara dará lugar a la unidad de Iberia.

Los bárbaros trabajan sin saberlo por la razón, y los cadáveres de los malvados sirven de abono para que fructifique sobre ellos el árbol de la justicia.

Pero de realizarse estas obras tumultuariamente y en el fragor de la guerra, á hacerlo reflexiva y ordenadamente en el seno de la paz, hay una diferencia inmensa. Por eso yo os propongo que excitéis á Portugal mediante un voto solemne, después de jubilar la monarquía, á confederarse con España.

Os causa hilaridad una parte de mi proposición, como si no la consideráseis cosa seria. Sin embargo, ¿qué diferente efecto produciría en Europa? Allí piensan; aquel país despierta; evidentemente esa transformación de la Península le da inmensa fortaleza; hay que comenzar a respetar á ese pueblo; hay que tratarle con miramientos.» Hé aquí lo que todo el mundo diría.

Ved, pues, que lo que os propongo, es fuerza, es honra nacional, es paz. Prosigo.

Tenemos el territorio cerrado casi por todas partes por mares. ¿Cómo le hacemos inaccesible? Hé aquí que para esto viene en nuestra ayuda un descubrimiento que yo llamaría providencial si no temiera cometer un sacrilegio, porque no me atrevo á imaginar que sea verdad que la Providencia ayudara á los franceses á derrotarnos en Flandes, haya ayudado á los alemanes á robar la Alsacia y la Lorena á los franceses, y haya auxiliado el brazo de los ingleses para clavar en nuestro Peñón la bandera con que nos insultan; repito, pues, que viene en nuestra ayuda ese invento que la rutina de una teología absurda me incitaba á llamar providencial, para completar maravillosamente nuestra defensa.

Ya comprendéis que me refiero al invento del glorioso marino que ha hecho al rayo siervo de la bandera española para hacerla descender y ondearla en el fondo del Océano.

Complemento de nuestra defensa será colocar en cada puerto un submarino Peral. ¿Cómo se miraría entonces la orgullosa escuadra inglesa de arribar á nuestras costas!

Es, pues, preciso construir al punto, sin dilación, un centenar de buques submarinos, y al efecto, abrir una suscripción nacional.

«Pero de realizarse estas obras tumultuariamente y en el fragor de la guerra, á hacerlo reflexiva y ordenadamente en el seno de la paz, hay una diferencia inmensa. Por eso yo os propongo que excitéis á Portugal mediante un voto solemne, después de jubilar la monarquía, á confederarse con España.»

Os causa hilaridad una parte de mi proposición, como si no la consideráseis cosa seria. Sin embargo, ¿qué diferente efecto produciría en Europa? Allí piensan; aquel país despierta; evidentemente esa transformación de la Península le da inmensa fortaleza; hay que comenzar a respetar á ese pueblo; hay que tratarle con miramientos.» Hé aquí lo que todo el mundo diría.

Ved, pues, que lo que os propongo, es fuerza, es honra nacional, es paz. Prosigo.

Tenemos el territorio cerrado casi por todas partes por mares. ¿Cómo le hacemos inaccesible? Hé aquí que para esto viene en nuestra ayuda un descubrimiento que yo llamaría providencial si no temiera cometer un sacrilegio, porque no me atrevo á imaginar que sea verdad que la Providencia ayudara á los franceses á derrotarnos en Flandes, haya ayudado á los alemanes á robar la Alsacia y la Lorena á los franceses, y haya auxiliado el brazo de los ingleses para clavar en nuestro Peñón la bandera con que nos insultan; repito, pues, que viene en nuestra ayuda ese invento que la rutina de una teología absurda me incitaba á llamar providencial, para completar maravillosamente nuestra defensa.

Ya comprendéis que me refiero al invento del glorioso marino que ha hecho al rayo siervo de la bandera española para hacerla descender y ondearla en el fondo del Océano.

Complemento de nuestra defensa será colocar en cada puerto un submarino Peral. ¿Cómo se miraría entonces la orgullosa escuadra inglesa de arribar á nuestras costas!

Es, pues, preciso construir al punto, sin dilación, un centenar de buques submarinos, y al efecto, abrir una suscripción nacional.

Pero debo decirlo con ingenuidad, y no os ofenda. De igual suerte que no se debe hacer responsable al individuo que ha recibido por herencia una constitución enfermiza, de los achaques que padece, tampoco en las constituciones políticas enfermizas ó corrompidas, por herencia, son los individuos responsables de la enfermedad que sufren. Dejo, pues, á salvo todos los respetos personales que merezcáis, y antes me apresuro á declarar, que habréis de prestar con otra constitución y otro régimen importantes servicios á la patria, dadas las grandes luces que habéis adquirido algunos de vosotros en tan largos años de práctica en el arduo problema de la gobernación de los pueblos.

Hechas estas salvadedas, debidas á vuestro honor, lo diré ahora con toda ingenuidad: vosotros no podéis hacer esa suscripción; el país no se fia de vosotros. Aun los *Depósitos sagrados*, cerrados con todo el refinamiento de la industria moderna, desaparecen bajo vuestra custodia. Lo que habéis hecho con las millonadas que os ha entregado el país para construcción de barcos, lo ha dicho un testigo de excepción que se sienta en esos bancos.

Por otra parte, para realizar esta grandiosa transformación de la patria, se necesita una nueva savia, una nueva dirección, una nueva vida. Podéis ayudar al país con vuestro consejo, pero sois impotentes para comprenderle, cuanto más para dirigirle. El más notado de vosotros afirmaba que este era un pueblo en decadencia; y mientras lo decía, en el cerebro de Peral surgía y cobraba forma su invento maravilloso. ¿Creéis que á la vez no se alimentaban en la juventud militar y civil otros pensamientos capaces de elevar y engrandecer del mismo modo á la patria? Pues yo estoy plenamente cierto de que esos gérmenes de grandeza existen; pero los tenéis abismados bajo el peso de vuestras rutinas, vuestro escandaloso nepotismo y vuestra injusticia. Hay que mover esto de alto abajo, hay que abrir las puertas al valor, al talento y al genio, como se hizo en las guerras de la revolución, y veréis elevarse al generalato y al almirantazgo una pléyade de jóvenes que hagan respetado y temido el nombre de la patria.

¿Qué clase de espíritu será el vuestro, que para premiar á Peral, en vez de darle un empleo que correspondiera á su misión y á su dominio sobre el mar, le habéis dado un título vacío, sin realidad, sin sentido, sin razón de ser?

No tenéis intuición, no tenéis idea de lo que España que surge; es estrecha y caduca vuestra alma para contener tan viva realidad; no os estorbáis; marchaos.

Nuestro primer decreto será hacer almirante á Peral. ¿Se quejan los viejos? Ya les haremos ver que las funciones se conquistan, no con las canas, sino con el talento.

Y después de Peral irán subiendo esos valientes jóvenes que España ve hormiguear á su lado, compartiendo sus peligros y su fe.

Peral ha demostrado ser, no solo un hombre de genio, sino también un gran patriota y un cumplido caballero. Nadie como él podía presidir la Junta llamada á administrar la suscripción nacional para la construcción de submarinos. Su entusiasmo aceleraría la construcción; su acrisolada honradez sería la garantía de la moralidad de la gestión.

Bajo un Gobierno joven, activo, celoso de conquistar honra y gloria para la patria, con estos auxiliares, ¿qué no podremos hacer!

El actual régimen, bajo la educación

del jesuita haciendo de cada joven una muñeca del Gobierno republicano, se haría cada niño un soldado, y de cada mujer heroína.

Claro es para conquistar esta fuerza y hacer una federación de España y Portugal, ha de jubilar dos reyes.

Y ¿qué os una esto? ¿No estamos ya convencidos de que la soberanía es una función? ¿Se jubila á los demás funcionarios?»

«¿Que no lo bizan nuestras leyes? Tampoco se bizaban las leyes francesas el destronamiento de Napoleón, ni el de Luis Felipe, ni de su antecesor, y se hizo. Tampoco bizaban las leyes españolas el destronamiento de Isabel II, ni el de Amadeo, y se o.»

En los momentos extraordinarios hay que tomar medidas extraordinarias. Ahora yo os pregunto: ¿estamos ó no en esa situación extraordinaria?»

Quien tenga la vista fija en la marcha de la política euro, no puede menos de confesar que sí. Lo hablo, lo casi seguro es que la guerra tallo pronto. Y aun dado caso que se ate, aun dado caso que el terror de producir una conflagración tan espantosa, atraese la explosión, dejaría de ser provechoso para España el acto de unirse á Portugal y colocarse en estado de fensa adquiriendo un poder tan formidable?»

Lo que os propongo, pues, puede conjurar inminentes peligros ó cuando menos colocar á España, como un salto, entre las naciones más poderosas y temidas.

«No vale la pena ese elevado interés patrio, este inconcuso beneficio nacional, de sacrificar en sus aras ya tan bañada como un derecho que ha educado tantas veces en tan variadas naciones?»

La función del reinado ha venido á ser más que un beneficio, una carga embarazosa y hena de peligros. Fr eso los soberanos rectos y juiciosos se consideran felices cuando pueden dignamente arrojar esa carga: tal hizo aquí Amadeo, tal ha declarado el noble ex-emperador del Brasil. Lo que este ha pedido al ser lestronado, lo que ha deseado es que sea fíz su pueblo.

«¿Por qué hezmos de negar la existencia de esos mismos sentimientos en las monarquías actuales de España y Portugal?»

Si pues nos hacemos fuertes, como lo seremos evidentemente reunidos ambas naciones, ¿no han de considerarse dichosos los monarcas en ver que á tan poca costa, como es someterse á la ley común de todo funcionario, jubilándose ó cesando, promueven nuestra felicidad?»

¿Y qué adelantarán por otra parte con privarnos de este inefable bien y privarse á la vez del todavía más grande de verse libres, plena y absolutamente libres como los demás hombres de la tierra? ¿poco que no puede apreciarse, sino poseyéndole? Prolongar entre peligros un poder que irremisiblemente perecerá. Es preciso para creer otra cosa, desconocer nuestra patria.

«Se irá, se irá.»  
Dijo España respecto á Isabel II, y tardó más ó menos tiempo, pero al fin se fué.

«No vendrá, no vendrá.»  
Dijo de Amadeo, y vino spero por qué tiempo?»

Nuestra resolución republicana de hoy no es menos firme que la de ayer.

Perder una jubilación honrosa, prodigamente recompensada—porque en esto no pone medida la generosidad española—consintiendo ver á España débil é indefensa, sujeta á terribles peligros, para prolongar un poder efímero y rodeado de contingencias fatales: ¿no será temeridad?»

Esta Cámara, depositaria con la senatorial de la voluntad nacional, tiene pues la evidencia de que al decretar la jubilación ó cesantía que le propongo, no solo haría la felicidad de la patria, sino la de la monarquía misma.

Yo lo creo así firmemente; yo estoy persuadido de que lo cree conmigo la inmensa mayoría de los españoles.

No hay nadie con el seso despierto que deje de reconocer que España se hace casi invencible al juntarse con Portugal; que cobra un poder formidable aplicando al punto el invento de Peral á la defensa de nuestras costas; que á este cambio de manera de ser acompañará necesariamente una vitalidad y un brío juvenil capaz de las más altas empresas; y que si el extranjero nos viera efectuar estos profundos cambios con conciencia, con resolución y energía, nos miraría con respeto, quizá con temor, y aun con admiración. Que podríamos por tanto, merced á ello, sacar á salvo nuestra independencia, nuestras colonias y nuestras mismas vidas en la conflagración general que nos amenaza.

Creo que está justificado suficientemente ante tan altos intereses que se sacrifiquen derechos convencionales y caducos, cosa que os propongo no en perjuicio y desdoro, mas en beneficio y honra de las personas que pudieran aparecer más lesionadas.

«¿No lo hacéis?»  
Medid la inmensa responsabilidad que contraís ante vuestra patria y ante la historia. Si la catástrofe sobreviene y coge desprevenida y desarmada á España; si el extranjero se apodera de parte de nuestro patrimonio nacional y se bombardean nuestros puertos y se arruinan nuestras ciudades y corre á torrentes la sangre de nuestros hijos, no faltará quien os señale con el dedo diciendo:

«Eso fueron los culpables por su torpeza ó su falta de valor cívico, al dejar de aceptar los remedios salvadores que les ofrecieron á tiempo.»

Yo he cumplido mi deber diciéndoos y diciendo á mi país ingenuamente lo que en estos temerosos momentos me dicta el más puro patriotismo y la vigilante preocupación, que jamás me abandona, por la felicidad y el bienestar de mis conciudadanos.

He dicho.

DEMÓSTILO.

Esta hoja cuesta solo 5 céntimos. Los vendedores no pueden exigir más por ella.